

Para Fernanda Campoy Ribes,
in memoriam

CAMBIO DE AIRES

Me llamo Peris, Zinc Peris. No es un gran nombre, pero podría ser peor. La idea fue de mi padre y de mi tío Anacleto, su hermano gemelo. Se les ocurrió en una calurosa noche de verano de hace casi quince años. La luna llena colgaba de la bóveda celeste, pero eso no tiene importancia. Para celebrar mi nacimiento, habían estado bebiendo, no precisamente una bebida isotónica, y eso sí que tiene importancia. Los dos habían suspendido química en el bachillerato, y, recordando los viejos tiempos del instituto, les vino a la cabeza la tabla periódica. Creyeron que era el sumun de la imaginación inscribirme en el registro con el nombre de un elemento químico. Y menos mal que no les dio por ponerme Wolframio o Rutherfordio. Francamente, hubiese preferido ser una gallina.

El tío Anacleto desapareció hace tiempo en una expedición a las fuentes del Nilo. Un empleado de la embajada de El Cairo nos escribió contándonos que alguien lo había visto en compañía de un cocodrilo. Y después nada más se supo, ni del primero ni del segundo.

Desde entonces, mi madre le ha puesto una vela cada semana a la patrona de los imposibles para que le conceda un milagro. La pobre estaba convencida

de que una noche cualquiera de tormenta el viento abriría de par en par la puerta de nuestra casa y mi tío aparecería sobre un par de muletas y con una sonrisa en la boca, como si no hubiese pasado nada. Por eso cada semana encendía una vela y rezaba su letanía: «Que no vuelva, santa Rita, haz que no vuelva».

Ella pensaba que mi tío era una mala influencia, para mí en particular y para toda la humanidad en general, y que llevaba la desgracia allí donde fuese. Un poco chorizo sí que era, para qué negarlo. No había estudiado ni había trabajado en su vida, frecuentaba malas compañías, tenía negocios turbios y siempre andaba metiendo la mano en mis ahorros. Pero me enseñó cosas útiles. Sin él se podría decir que no sabría ni atarme las zapatillas. Era mi padrino, no tengo otro, me decía las cosas especiales que solo un colega puede decir y me daba consejos sobre las mujeres. De hecho, poco antes de que tuviese que poner pies en polvorosa acosado por las deudas, habíamos progresado con mi timidez y ya estaba maduro para tirarle la caña a una chica que me hacía tilín. La última vez que hablamos antes de marcharse de casa, me miró a los ojos y me dijo: «Zinc, siempre podrás confiar en mí; si alguna vez te ves solo, yo seré como un padre, velaré por ti. Te quiero como a un hijo, mírame a los ojos, quiero que sea lo último que vea antes de embarcar, abrázame». Y después me pidió veinte euros para el taxi. ¿Cómo podía negarme? Él era carne de mi carne. Y esta fue la última vez que lo vi, pobre, antes de que se lo comiese un cocodrilo.

Poco después de aquello tuve que comprarme una vaca antiestrés en el todo a cien. Era agradable al tacto, y, cuando la estrujaba, me sentía menos ansioso. ¿Qué más podía ocurrirme? Bueno, con el lío de la mudanza perdí la pulsera de mi novia. Era un talismán. No me la había dado ella personalmente, la pobre ni siquiera sabía que era mi novia, pero la pulsera había estado en contacto con su piel de ámbar. Se lo pregunté a mi madre: «Por Dios, Zinc, ¿no ves que estoy ocupada? ¿Qué sé yo dónde está tu pulsera *de plástico*? No tengo otro trabajo que buscar tu roñosa pulsera *de plástico*». Sobraba tanta crueldad y tanto sarcasmo en el *de plástico*. Para mí tenía un valor sentimental. Incluso llegué a mirar en el cubo de la basura, pero ni rastro. Estaba hundido, había perdido el amor..., y, a cambio, solo encontré una espina de sardina ensangrentada.

Entonces me enteré de que «piel de ámbar» no quería decir piel blanca y delicada, sino que el ámbar era una especie de resina pegajosa de color amarillento. ¿Cómo podía estar tan equivocado un diccionario? Al parecer, llevaba tres años escribiendo poemas a la chica equivocada. ¿Qué podía hacer con aquella montaña de papeles? O reescribía la mitad de los versos o me buscaba una musa oriental. Deseaba que en el pueblo a donde íbamos hubiese un restaurante chino y pudiese aprovechar mi genio poético.

Hace poco que habían despedido a mi padre, por eso estábamos en aquella situación. Se veía venir, hacía

meses que no vendía ni un seguro, y lo que mi madre sacaba con sus masajes no daba para pagar la hipoteca del piso de noventa metros, mis actividades extraescolares, la vida exótica de mi hermana y las sisas que durante años mi tío Anacleto había practicado con nuestros ahorros. Por eso habían decidido jugárselo todo, vender el piso y liquidar las deudas. Los escasos beneficios y los ahorros los dedicarían a pagar el traspaso de un restaurante en un pueblo de la costa. Mi padre quería convertirse en un empresario de hostelería: «Quiero ser mi propio jefe», dijo, «montaremos un restaurante de cocina moderna».

«Es un error, él no sabe nada de restaurantes», le confesé a mi madre. Ella, siempre tan práctica, respondió: «Tampoco sabía nada de seguros».

Un día, poco antes del traslado, Victoria y Comemocos vinieron a comer y a despedirse. A mi madre no le gustaba que llamase Comemocos a Comemocos, decía que el novio de mi hermana merecía un respeto. Fidel, este era su nombre real, hacía magia, y mi hermana estaba preparándose para ser acróbata en una academia de saltimbanquis. ¿Cómo quería que les tuviese respeto? Tenían planes para el verano, querían irse a Londres y actuar en el metro y en los parques. Creían que podrían vivir de pasar la gorra. Estaban convencidos de que los ingleses se morían de ganas de que Comemocos les sacase una moneda de la oreja. Solo de acercárseles con las rastas hasta las nalgas pensarían

que quería robarles la cartera, le atarían los pies a un bloque de hormigón y lo arrojarían al Támesis. Mi madre estaba preocupada por si encontrarían donde dormir, si tendrían suficiente dinero para comer o si se habían sacado la tarjeta sanitaria europea. Mi padre también estaba muy preocupado: había previsto que en verano lo ayudarían con el restaurante.

—No me estoy matando a estudiar para terminar sirviendo mesas en un bar de mala muerte —respondió mi hermana.

—No podemos dejar pasar la oportunidad de trabajar en Londres —apostilló Comemocos.

Mi padre echaba fuego por los ojos.

—¡Tú, a ver si haces uno de tus estúpidos numeritos y desapareces! —le dijo a mi cuñado—. No quiero verte más por esta casa.

¿Trabajar en Londres? Al menos eran optimistas. Ni que los hubiesen contratado para actuar en el Royal Albert Hall.

A pocos días de irnos, vi a mi novia por la calle; una vena azulada se le transparentaba cuello abajo y el cabello rubio le caía a los lados como dos serpentinatas; parecía la popa de un crucero a punto de zarpar de Venecia. Hice de tripas corazón y le solté de golpe la noticia.

—Me voy, Leonor. Dejo el instituto y me voy a El Perelló. Me gustaría darte un beso de recuerdo. Me he cepillado los dientes. Te quiero desde el primer día que te vi, tu piel de ámbar es... blanca como...

Ella se quitó los auriculares y sonrió.

—Perdona, ¿qué decías?

Me puse rojo como un tomate.

—No tiene importancia. ¿Sabías que el ámbar es una resina de color amarillento? Es chocante, ¿no? Siempre había pensado que era blanca.

La chica abrió la boca; parecía que acabara de tropezarse con el hombre del saco.

—Tú eres el del nombre raro, ¿verdad?

—¿Raro?

—¿Aluminio? ¿Así es como te llamas?

—Soy Peris, Zinc Peris, pero no es culpa mía; el nombre, quiero decir. Voy a la clase de al lado. De al lado de la tuya. Se podría decir que soy un compañero equidistante, es decir, adyacente.

—Sí, ya lo sé. Te he visto muchas veces durante el recreo.

Sonreí, contento de que se hubiese fijado en mí.

—Ah, ¿me has visto?

—Más solo que la una, mordiéndote las uñas. Dabas un poco de lástima.

—Ya, estoy intentando dejar ese vicio. Me he comprado una vaca antiestrés. —Ella puso cara de susto—. Pensarás que estoy mal de la cabeza, ¿verdad? Perdona por haberte abordado de este modo, estoy un poco nervioso, solo quería decirte adiós. Dejo la escuela y me voy a un pueblo de la costa. Mi padre quiere montar un restaurante.

—Ah, qué chulo.

—Sí que lo es, chulo de veras. —Me quedé en blanco y dije lo primero que me pasó por la cabeza—: Una vez

se te cayó una pulsera y la recogí. Era de plástico, muy bonita. Me encantaría besarte. Puedo... ¿puedo besarte? Como despedida, claro, sin sexo.

Leonor volvió a poner cara de susto y se protegió los pechos cruzando los brazos. ¿Qué se creía, que iba a saltarle encima? Cambié de tema.

–Me gustan tus tirabuzones.

–A mí no, son horribles.

–Te dan un aire de criatura un poco bobalicona, pero estás... estás graciosa.

Leonor abrió los ojos como platos.

–Y tú eres un imbécil, ¿lo sabías?

–No. Sí. Oh, Leonor, perdona, no pretendía decir...

Mi primera y última conversación con la chica de mis sueños. No sé qué es lo que pasa que ahuyento a las mujeres. Nunca sé qué decir, y, si digo algo, todavía es peor. Me hubiese gustado darle un beso, aunque fuese en la mejilla, pero ella se mantuvo a distancia y, cuando quise acercarme, salió corriendo. Tendría prisa, supuse. Oh, cómo echaba de menos a mi tío Anacleto, él siempre tenía una palabra de consuelo en estos momentos de incertidumbre.

Al día siguiente vimos el local. «Tiene muchas posibilidades», dijo mi padre. Después descubrimos la asamblea de cucarachas que había debajo de la pila y se le cayó el alma a los pies. «Saldremos adelante, no te preocupes», lo tranquilizó mi madre, y suspiró, como tratando de buscar fuerzas en algún punto remoto de su alma.

Teníamos que vivir en el piso de arriba. Desde la terraza y con un telescopio, las vistas eran de postal: cien metros al este se apreciaba la línea de costa, un horizonte de bloques de apartamentos. Se suponía que detrás había una franja de arena llena de turistas. Mi madre decía que, si cerraba los ojos, podía sentir el olor del mar. Cerré los ojos y me vino el aroma a pescado frito de unos vecinos.

—¿Sientes el olor de la playa, Zinc? —me preguntó.

—Sí, huele a chiringuito.

A mi padre le dolieron las piernas todo el día. Mi madre decía que era por la mudanza y quiso darle un masaje.

—Déjate de aceites balsámicos. No es por la mudanza, es Anacleto: está vivo, puedo sentirlo, como un hormiguelo. Es la facultad extrasensorial de los gemelos: cuando a él le duele una pierna, a mí me duele una pierna, y viceversa. Debe de andar perdido en algún lugar de Egipto, el pobre, puedo presentirlo. Pero todavía no se ha rendido, lo sé, y, aunque sea a rastras, encontrará la forma de salir de aquel infierno de arena.

—Claro que sí, Néstor, hay que tener confianza. Seguro que está bien —respondió mi madre.

—Gracias, cariño. Tal vez fui demasiado duro con él cuando lo eché de casa.

—No, hiciste lo que tenías que hacer. Por su bien. Y por el nuestro. La cosa no podía continuar así, habría terminado por arruinarnos.

—Me encantaría que fuésemos socios en el restaurante, nosotros y él. No te lo había contado, pero se lo escribí todo en una carta, espero que no te importe. Pobre, a saber si llegó a leerla antes de... —se lamentó amargamente—. Es posible que esté cojo, ciego o que haya enloquecido, pero un día volverá y su familia se hará cargo de sus discapacidades, ya sean mentales o físicas, ¿verdad, Isabel?

Se hizo el silencio. Parecía que mi madre sufría de catalepsia.

—¿Isabel?

—¡Oh! Oh, claro que sí.

Mi madre dio una palmada, como si quisiese expresar que estaba supercontenta, pero se fue corriendo a ponerle una vela a santa Rita.